







A. Cay. 183/5.

12  
133016

ORACIÓN FÚNEBRE



# ORACIÓN FÚNEBRE

QUE EN LAS HONRAS DE

## MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

Y DEMÁS INGENIOS ESPAÑOLES

pronunció el 23 de Abril de 1891

EN LA IGLESIA DE MONJAS TRINITARIAS DE MADRID

EL EXCMO. É ILMO. SEÑOR DOCTOR

### DON FRANCISCO SANCHEZ JUAREZ

PROTONOTARIO APOSTÓLICO

AUDITOR DE NÚMERO DEL SUPREMO TRIBUNAL DE LA ROTA DE LA NUNCIATURA

---

PUBLÍCASE POR ACUERDO Y A EXPENSAS

DE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA



MADRID

TIPOGRAFÍA DE LOS HUÉRFANOS

Calle de Juan Bravo, 5

1891



Cor sapientis erudiet os ejus, et  
labiis ejus addet gratiam.

El corazón del sabio enseñará á su  
boca, y añadirá gracia á sus labios.

(Prov. xvi, 23.)

EXCMO. É ILMO. SEÑOR: <sup>1</sup>

SEÑORES ACADÉMICOS:

Es necesario venir aquí inspirados de pensamientos divinos, para no quedar desvanecidos por las seductoras grandezas de la gloria humana. La ciencia, con sus múltiples y luminosos destellos; la literatura y la poesía, con todos sus arrebatadores encantos; el lenguaje, considerado, no ya en su más alto concepto, es decir, como don y como revelación del Altísimo, sino en su mera significación ideológica; vosotros, gigantes del saber y de la palabra; yo, pequeño ciertamente, pero exaltado por vuestra benevolencia para ocupar hoy esta Cátedra augusta, todo parece incitar á la imaginación para que se emancipe del entendimiento, ó al entendi-

1 El Rdo. Obispo de Madrid, Doctor D. Ciriaco Sancha y Hervás.



miento para prescindir un tanto del corazón y del espíritu. Pero ¡ah! vosotros no pertenecéis, por dicha, al número de aquellos sabios que ni creen ni anhelan otra inmortalidad que las apoteosis del tiempo presente, cuando sus contemporáneos queman delante de ellos el incienso de la adulación ó la lisonja; sino que habéis firmado, por el contrario, en lo íntimo de la conciencia, la alianza del corazón con los labios y con la fantasía, para no adorar vanos ídolos, para no ensalzar otras bellezas que las bellezas de la verdad y el bien, suspirando de continuo por contemplar su esencia en más venturosa patria. Yo, maestro, por la misión y el deber, de la doctrina católica, pero antes que maestro, Sacerdote y apóstol, yo he debido dejar á la entrada del santuario todas las debilidades y todas las miserias, para revestirme y fortalecerme en el templo con la virtud de la humildad, y para no aspirar á otro fin que á la renovación interior del hombre por los carismas de la gracia.

¿Ni quién, por otra parte, osaría mostrarse soberbio en presencia de la muerte? Nosotros podríamos conservar sereno el ánimo ante la memoria del genio sin segundo que escribió ese libro inmortal <sup>1</sup>, libro honrado y acogido por la religión misma, y ante el recuerdo de los hombres superiores de nuestra edad de oro de las letras, porque la distancia que de ellos nos aparta y las aureolas que los cir-

1 La edición del *Quijote*, hecha por la Real Academia Española, colocada sobre el catafalco.

cundan son al alma consolación y lenitivo: pero mirad ¡ay! á vuestro lado y en derredor vuestro, y al contemplar los tristísimos y recientes huecos que la muerte hizo, vuestros ojos se arrasarán en lágrimas, como están arrasados los míos; que si vosotros lloráis la pérdida de vuestros compañeros de ayer, yo miro inconsolable cómo han desaparecido de ese sitio de honor los dos amigos que más me distinguieron, y cuya muerte constituye para mi propia vida un doble desamparo; el desamparo cruel del alimento del espíritu, y el desamparo, aún más acerbo, para la estimación de mi modesto nombre <sup>1</sup>. ¡Oh, tiernos amigos del corazón! ¡Si la amarga muerte nos separa, aprenda yo á vivir y á morir

1 El Ilmo. Sr. D. Antonio Arnao y el Excmo. Sr. D. Mariano Roca de Togores, Marqués de Molins, fallecidos respectivamente el 4 de Febrero y el 4 de Septiembre de 1889. Con el primero, consultaba el autor de la presente Oración Fúnebre sus trabajos de Oratoria Sagrada, cuando éstos eran destinados á ver la luz pública; maravillándose siempre de la gran competencia literaria de aquel hombre laborioso, cuya clara razón y cuyo raro mérito sólo podían compararse á su natural modestia y á la afable dulzura de su trato. Al segundo, bien conocido dentro y fuera de España como coloso del saber y de la elocuencia, debimos favores de otra muy distinta índole, donde el afecto del que los otorgaba estuvo en justa relación con la gratitud inmensa del que los recibía, y con la secreta importancia de algunos de aquellos beneficios. Por eso hay cierto misterio en alguna frase de este recuerdo tan espontáneo y sentido, frase que no significa en ningún modo — podemos afirmarlo bajo la fe del sacerdocio — ni presunción ni queja, sino que es únicamente un gemido, un lamento del corazón al cielo, y una bendición íntima al amigo leal y desinteresado, al protector fuerte y generoso.

con vuestro piadoso ejemplo, y nuestras almas se encontrarán de nuevo un día en las mansiones eternas!

Y he aquí, Señores, otra lección harto elocuente para que acudamos bajo estas sagradas bóvedas con corazón humilde; la edificante vida y la preciosa muerte de los esclarecidos ingenios de nuestra España que os precedieron en los caminos de la sabiduría; hombres que desconocieron ó desdeñaron la propia gloria para difundir y para encomiar la ajena; hombres que no cantaron jamás las hermosuras de la naturaleza creada, sin invocar y bendecir á la Divinidad creadora; hombres que sólo batían las alas de su espíritu por los ámbitos de tres cielos, el cielo del hogar, el cielo de la patria y el cielo de la Iglesia; hombres, en fin, que rindieron el último suspiro entre los versículos de un Salmo, ó entre la amorosa frase de un Cántico ó de una Antífona á la Virgen María, dejando comprender al mundo que aquella muerte dichosa era un sueño dormido en la misericordia del Señor.

Y puestos ya en este hermoso camino de la idea de una muerte cristiana, nuestro dolor se mitiga y nuestro espíritu se eleva en brazos de la esperanza, esa virtud bienhechora que con tanta razón ha pintado el arte religioso, fija la mirada en el Nombre del Dios Omnipotente, que está escrito en los cielos, y teniendo por pedestal un libro abierto, que es el Evangelio de Cristo. En esta encumbrada altura, logramos olvidar lo que es materia y polvo para fijarnos en lo que es espíritu, lo que pasa por lo que per-

manece: ya el tiempo busca lo eterno, las sombras buscan la luz, el corazón inquieto busca la visión suprema, y el alma, iluminada por la fe, que es “substancia de las cosas que se esperan,”<sup>1</sup> piensa preferentemente en que el ser que perdió vive, en que la oración por los muertos traspasa al punto el dintel de lo infinito, porque entre los que quedan y los que parten hay un puente tendido, una senda misteriosa que se llama la Comunión de los Santos.

Señores Académicos; gracias, gracias en nombre de la Religión por el espléndido testimonio que dais al mundo de vuestra ardiente fe. Los delirios del error son todavía más funestos que los delirios del crimen, y, sin embargo, esta sociedad positivista y descreída no se cuida de ellos: sirve, pues, de inflexible consuelo á las almas rectas ver que vivís bajo el magisterio infalible de la Iglesia católica, donde la verdad no se muda y la caridad es eterna, y que en las regiones de lo sobrenatural mantenéis con los ilustres finados que nos recuerda ese túmulo, el mismo dulce comercio que conserváis con ellos en las esferas del saber humano. Al consagrar hoy, por tanto, en sufragio de vuestros antecesores estos grandiosos cultos del Catolicismo, que tiene sus preces más sentidas, sus acentos más penetrantes, sus melodías más patéticas para orar por los difuntos; y al tejer una corona de alabanza al príncipe de nuestra literatura y á los cultivadores más insignes de

1 *Est autem fides sperandarum substantia rerum, argumentum non apparentium.* — Hebr. XI, 1.

las letras patrias, porque sus libros y sus acciones contienen, como fundidos en una sola unidad real, la inspiración de lo alto, la bondad de la vida humana, y la recreación del espíritu, hagamos entender, Señores, yo con la autoridad de mi ministerio, vosotros con vuestra piedad y vuestra fe, hagamos entender, digo, á los hombres de la ciencia incrédula, esta enseñanza pura y saludable que palpita en el tema de mi discurso; esto es, “que únicamente los sabios que tienen á Dios en el corazón son los custodios seguros de la Verdad, los propagadores del Bien, y los maestros de la Belleza, tres rayos de indeficiente luz, cuyo foco es Dios mismo.”: *Cov sapientis erudiet os ejus, et labiis ejus addet gratiam.*

# I

## SEÑORES ACADÉMICOS

¿Qué cosa es la verdad? La verdad es la relación exacta entre el entendimiento y el objeto, la realidad de las cosas, percibida y juzgada por el alma. Y luego, en su ascendente gradación de lo temporal á lo eterno, la verdad es la naturaleza bien comprendida, como creación, salida de la nada, de un Artífice Omnipotente; la verdad es la ciencia que marcha acompañada y esclarecida por los destellos de la Palabra Eterna; la verdad es la voz de Dios, transmitida por agentes más poderosos que los rayos de la luz y que las vibraciones del éter; la verdad es el Nombre de Dios, bendecido y ensalzado por siglos infinitos; la verdad es la figura misma de Dios, que nuestra fe ve vagar entre los astros, en medio del espacio, en la cima de la montaña, en la campiña y el valle, en la fuente y en el mar, en el día y en la noche, en la tempestad y la calma.

La razón humana, Señores, tan elevada y tan noble, aún después de las heridas que le causó el pecado, puede adquirir por sí sola toda verdad que se

refiera al orden puramente natural y científico; pero ¡ah! ella no tiene bastantes alas para investigar los secretos de los mundos superiores é invisibles. Al conjunto de esa verdad que hemos descripto, á los cielos de la verdad en su plenitud dichosa, solo puede ascenderse con la fe, que dirige pero no detiene, que regula pero no oprime, que es “la vida del justo,”<sup>1</sup> y la magnífica y celestial libertadora de los entendimientos cautivos. En el mundo físico un sol hay para lucir, una atmósfera para respirar; en las esferas de lo suprasensible la fe es el único sol de la razón, y la única atmósfera sana para la inteligencia.

Y no sólo es necesaria para la posesión completa de la verdad una razón que crea, sino que es indispensable asimismo un corazón que ame<sup>2</sup>. “Amar es ver,”<sup>3</sup> decía San Agustín; y por esto los sabios que reciben á Dios en su corazón, las almas que enseñan, como San Pablo, á Jesucristo Crucificado, Virtud de Dios y Sabiduría de Dios, *Christum Dei Virtutem, et Dei Sapientiam*<sup>4</sup>, logran subir á esas cumbres altísimas, vecinas de las intuiciones sobrehumanas y de la ciencia infusa de los Santos. Dios propende á reflejarse siempre en la razón del hombre, como que ella es en la tierra su criatura más querida y más privilegiada; pero el cristal en que Dios se digne de algún modo retratarse ha de ser limpio y tersísimo.

1 Rom. i. 17.

2 Veritatem facientes in charitate. Eph. iv, 15.

3 Amor oculus est, et amare videre est.

4 I Cor. i, 24.

“No será adoctrinado el que no es sabio en el bien,, habfa dicho el Eclesiástico <sup>1</sup>. “Con el corazón se cree „para la justicia, y con los labios se hace la confesión para salud,, escribió el Apóstol de las Gentes <sup>2</sup>. Para realizar mejor esta feliz armonía, así como la gracia llama con suavidad infinita á todos los corazones, la fe, segura de la adhesión de los entendimientos sencillos, se enamora por modo especialísimo de las grandes inteligencias <sup>3</sup>, buscando solícitamente al sabio, al filósofo, al poeta, al artista, al explorador, aun á los famosos guerreros y conquistadores; y lo mismo la fe que la gracia, cuando se las rechaza ó desdeña, parecen gemir y llorar, Señores, como gimen y lloran los amantes castos que no han sido amados ni comprendidos.

De esos divorcios deplorables entre la razón y la fe, entre el corazón y la virtud, origen de las herejías de todos los siglos, han surgido igualmente ese racionalismo impío y ese materialismo audaz que dividen y que pierden á las sociedades modernas. La falsa filosofía de nuestro tiempo no se contenta ya con atacar la ciencia teológica, á la cual persigue con implacable odio, por las premisas reveladas que ella impone al discurso; sino que combate, con saña casi idéntica, la metafísica, porque siendo ésta la ciencia racional de los primeros principios y las pri-

1 Eccli. xxi, 14.

2 Rom. x, 10.

3 *Ut prius exemplum meditandi de ratione fidei, et sequens fides quaerens intellectum diceretur. S. Anselm. proœm. in Prosol.*



meras causas, tiende á conducir nuestro entendimiento hacia el Sér Infinito, protegiendo y estrechando las relaciones del alma con su Hacedor Supremo. ¡Ah, señores Académicos! Esas generaciones racionalistas ó positivistas de nuestros días, hijas de padres siempre cristianos, cuando no católicos, nacidas de piadosísimas madres, me causan tan indecible, tan mortal angustia, como si aquellos grandes caudillos y aquellos intrépidos donceles de la Edad Media, que ostentaban dos espadas ó dos hachas en cruz para combatir al Árabe, se hubieran pasado al Islamismo, renegando del Cristo cuyo sepulcro iban á rescatar. ¡Oh, abismos insondables del corazón del hombre! Tal vez una ciencia sin Dios podrá ser goce y recreo de los talentos extraviados; pero será goce sombrío, recreación estéril y maldita, que lejos de producir un átomo de bien y de belleza para la vida moral del hombre, conducirá por contados pasos á los individuos y á los pueblos á aquella total ruína que ya Niebuhr profetizaba hace apenas seis lustros <sup>1</sup>.

En contraposición á esta loca soberbia del error, nosotros podemos ofrecer el interesante cuadro de cien varones insignes de nuestra historia nacional, que tomando la fe por norte y la humildad por guía, conservaron diligentes el depósito de la verdad, para entregarlo intacto y puro á las venideras edades.

No hablemos ya de aquellos egregios reyes del dé-

1 Hergenröther, *Hist. de la Iglesia*, cap. fin.

cimotercio siglo, Fernando III y Alonso X, colosales figuras de la religión y de la patria, paladines y cantores de la Santísima Virgen, cuyas imperecederas legislaciones son á un tiempo dogma, moral, justicia, derecho, honor, suavidad y hermosura, y de cuya memoria estuvo siempre prendada esta Academia, honrándola con sus elogios y sus publicaciones: ni nos detengamos tampoco en aquel Raymundo Lulio, talento extraordinario que se disputaron la verdad y el error como la vida y la muerte se disputan un hombre enfermo, pero donde la verdad y la virtud alcanzaron victoria decisiva. Fijándonos en el fatal período de defección y de lucha del siglo xvi, nos encontraremos con aquel Luis Vives, filósofo y humanista celebérrimo, que salvó tantas inteligencias de los naufragios que ocasionó la Reforma protestante, y que legó á la posteridad estas memorables palabras: “No hay lazada tan fuerte, „no hay amistad tan íntima, como el vínculo que une „á la verdad con la virtud, porque ellas brotan de la „Esencia misma de Dios como amorosas hermanas „<sup>1</sup>: descubriremos luego á Francisco de Victoria, de comprensión vastísima, de doctrina sólida, de frase lúcida como su pensamiento; á su discípulo Melchor Cano, de profundo saber y de estilo vigoroso, y que á haber vivido en esta época de tecnicismo filosófico, ininteligible, habría dicho, con más

1 Nullae duae res inter se tam amicae et concordēs sunt, quam virtus et veritas, nempe, Germanae, á Deo genitae, Lib. 2, de Anima.

razón aún, lo que tan donosamente escribió de ciertos Escolásticos de su tiempo: “Yo me avergonzaría de no entenderlos, si ellos mismos entendiesen á fondo lo que tratan.”<sup>1</sup>: admiraremos á aquel Arias Montano, honrado de los Pontífices, de los Concilios y los reyes, como los Laynez y los Covarrubias, y que busca para morir el retiro del justo; á aquel Domingo Soto, cuyas luces pasan en Trento, y que escribe sobre Derecho natural y público libros que aún leen con avidez los filósofos y los jurisconsultos; á aquel Juan de Mariana, que compone nuestra historia á la luz que despiden la *Ciudad de Dios*, de San Agustín, alma apasionada de la libertad legítima de los pueblos, y cuya recta intención hace olvidar los atrevimientos de su pluma; á aquel Suárez, que mereció los respetos y las alabanzas de Grocio, y que por la fecundidad de su entendimiento nos recuerda á Santo Tomás de Aquino: hasta que pasando, al fin, por Fernández de Pacheo, fundador nobilísimo de vuestro Instituto, y por los hombres preclaros que siguieron sus huellas, entre los que se cuentan grandes teólogos, Prelados eminentes, políticos sensatos, gobernantes celosos, diplomáticos incorruptibles, venimos á los días en que la España y la Europa vieron lucir, como astros de primera magnitud, á Donoso Cortés, y á Jaime Balmes; á Donoso, que pareció escribir con la lira y con la entonación de los Profetas; á Balmes, ta-

1 *Puderet me dicere non intelligere, si ipsi intelligerent qui haec tractarunt.* De Locis, lib. ix, cap. 7.

lento ejercitado sin descanso en reivindicar las glorias del Catolicismo, corazón magnánimo gastado prematuramente en generosas luchas, y que, con el vuelo de águila de los grandes apologistas, ha rematado maravillosamente en sus incomparables paralelos el edificio que levantó Bossuet con sus inmortales *Variaciones*.

## II

Señores: hemos visto la luz; experimentemos ahora el calor: después de la alianza de la razón con la fe, el vínculo del corazón con la gracia: después de lo verdadero, lo bueno, que se llama lo útil cuando dice relación al bienestar material del hombre y de los pueblos, y que es el Bien cuando se refiere á la vida y al ennoblecimiento del alma. Y como aquí tratamos únicamente del Bien, que es toda aspiración y toda obra de nuestro ser moral, conformes con la Ley eterna de Dios; y como hemos de considerar este Bien en cuanto es inclinación y es hábito del alma, que es lo que constituye la virtud, permitidme que yo defina la virtud tan ampliamente como definí la verdad.

¿Qué es la virtud? La virtud es la propensión del alma hacia lo bueno, y su fuerza y su energía para ejecutarlo. Y elevando desde este punto de partida la mente, y dejando volar la fantasía, añadiremos que la virtud es el resplandor del cielo que ilumina las almas; la virtud es el acento eficaz que, en nombre del Señor, impera á los elementos y á toda la

naturaleza; la virtud es como participar, en los destinos de la vida humana, de la misión de aquellos ángeles fieles, Virtudes del Altísimo, *Virtutes coelorum*, que mueven las causas universales y son el instrumento de los más altos prodigios; la virtud, en suma, es la efusión de la caridad inmensa é infinita, vapor, aliento, llama, escala misteriosa que pone en comunicación al Criador con su criatura, y que viene á identificar y á fundir el corazón del hombre con el corazón de Jesucristo.

Buscar esta hermosa virtud, ni aun en su acepción menos alta, en los hombres del racionalismo y el naturalismo modernos, sería insensatez y locura. Si ellos son poderosos, si son elocuentes, si dedican al mundo las producciones de su entendimiento, con frecuencia ¡oh dolor! no atesoran sino para gozar, no hablan sino para ofender, no escriben sino para fascinar; es decir, que de la abundancia de sus riquezas, de los resortes de su saber y de las galas de su retórica no hacen sino armas que hieren y venenos que matan. Señores Académicos, yo puedo conocer, por los deberes ineludibles de mi ministerio, el terrible secreto, bien digno de ser llorado, de algunas de esas almas; pero vosotros, que andáis incesantemente por los caminos de nuestras sociedades, que conocéis mejor las realidades de la vida, que, por necesidad, á veces harto enojosa, cruzaréis á menudo vuestra palabra con hombres que no amen ni la fe ni la virtud cristiana, vosotros sabéis á fondo que, con la excepción consoladora de algún espíritu naturalmente recto, destinado para volver

un día á su Dios, esos seres sin ventura van enseñando al mundo sus sonrisas, y tienen en el alma el odio con todas sus tristezas y la mentira con todas sus sombras; ofrecen alegrías y sólo dan martirios; seducen á los incautos mostrándoles como un claro de cielo, y cercanos de ese azul están los nubarrones de donde sale la tormenta; adulan, en fin, y engañan al pobre y al pueblo con el intento exclusivo de que sirvan de escabel á sus ambiciones, porque las alturas del orgullo de los falsos sabios y de los falsos apóstoles de nuestros días, están en proporción con los abismos de su bajeza. ¡Oh, que horrendo destino el de los hombres de ciencia que corrompen la verdad y conculcan la virtud! Alguna vez, Señores, cuando la tempestad se desencadena, vemos la chispa luminosa que se desprende de la altura como un hilo de fuego delgado y ondulante, y ese hilo troncha la encina, hiende la roca, horada el muro de las Basílicas y de los palacios, tuerce, agrieta ó derrumba las torres más altas y vistosas, sean cualesquiera su solidez y arquitectura; ¿qué comparación ¡ay de mí! cabe entre el rayo que se forja en la nube y el rayo de la Justicia Eterna, que se cierne sobre el ateo y el malvado?

Esta es la noche, la noche lóbrega, sin luna y sin estrellas. Para huir de esas aterradoras visiones, pongamos nuestra mente en los verdaderos sábios, en los privilegiados espíritus que os propusistéis por vuestros modelos, y veremos que si ellos legaron á los siglos escritos dignos de admiración, sus hechos fueron más dignos todavía de ser grabados

en mármoles y bronce. Concibiendo y enseñando á Dios según la revelación divina, trataban á sus semejantes según el Evangelio de Cristo, y tan ricos como eran aquellos hombres en la estética del entendimiento, no la amaron ni la poseyeron nunca sino para traducirla en tesoros de educación moral y de la caridad más difusiva. Cifrándonos exclusivamente al examen del más célebre período de nuestras letras patrias, miremos en los vestíbulos de esos alcázares del bien aliado con la ciencia, á aquel Jiménez de Cisneros, que pide limosna para los pobres como Francisco de Asís, que funda la Universidad de Alcalá y hace imprimir la liturgia mozárabe, que gobierna con la política cristiana, y que diciendo con varonil entereza á los magnates inquietos y turbulentos, “los cañones son mis poderes,„ su vida privada es toda ella humildad, desinterés, justicia, oración y penitencia; á aquel Tomás de Villanueva, profundo como Isidoro Hispalense, amante de la Madre de Dios como Ildefonso, caritativo como Martín de Tours, y cuyos funerales se celebran entre el clamor inmenso de un pueblo que le llora y le bendice. Siguen sus hermosos pasos, evangelizando como él la paz y la virtud, aquel Pedro de Alcántara, varón ascético y de contemplación altísima, que predicaba como Vicente Ferrer, que poseía y comunicaba el dón de lágrimas, y que parecía acercarse al ángel <sup>1</sup> por la pureza de su espíritu; el Venerable Ávila, cuya ciencia es siempre la idea

1 Psalm. viii, 6.



sentida, la frase quizá inspirada, ávida de conquistar almas para la verdad y el bien; y aquel Fr. Luis de Granada que en *La Guía de Pecadores* y en el *Memorial de la Vida Cristiana* diríase haber arrebatado á la gracia de Dios su actividad y su influjo, para condenar el frenesí de la pasión que se excita, la vileza del pecado que se comete, la cobardía del corazón que desmaya en la prueba, la ignominia del espíritu que se deja vencer por la materia sensual y provocadora, convidando luego al pecador para revelarles el secreto de recobrarla felicidad perdida, ponderando el premio inenarrable del que triunfa en la lucha y exhala el último suspiro en brazos de la perseverancia; dichoso tránsito de que fué vivo ejemplar él mismo, que en sus postreros instantes parecía conversar con los Serafines, y hacía derretir en llanto los corazones. Allí solicita nuestra atención Rivadeneyra, alma formada para la piedad y la justicia, dulce amigo de tres Santos, Ignacio, Carlos Borromeo y Francisco de Borja, y que en su *Tra-tado de la Tribulación* sabe hacer destilar sobre los corazones doloridos un bálsamo celeste: más allá divisamos á Teresa de Cepeda y Juan de Yepes, nombres que irán enlazados en la perpetuidad de los tiempos, no sólo por haber escudado respectivamente su vida con el Nombre de Jesús, y con la memoria del sagrado madero en que el Salvador del Mundo reclinó su cabeza, sino porque la Iglesia canonizó sus virtudes, porque tres centurias preconizaron sus milagros, porque las almas místicas adquieran alas con sus enseñanzas y sus éxtasis, por-

que el arte ha tenido para honrarlos sus ideales más bellos, y porque la tradición y la leyenda cuentan de sus acciones, y de sus confidencias recíprocas, cosas tan peregrinas, tan delicadamente suaves, tan henchidas del espíritu de Dios, que el alma no sabe bien *ni si ría ni si llore*, como decía la inimitable Expositora de los Cánticos. Y en pos de ellos, descubrimos al agustino Malon de Chaide, cantor del alma más castamente enamorada del celestial Maestro; á Puente, Estella, Rodríguez, Nieremberg y Zárate, continuadores celosos de la mística y del apostolado cristiano, en cuyos libros brillan á cada paso esas luces escondidas que no se dan á la ciencia y se abren á la virtud, cuya forma es casi siempre producción acabadísima de la inteligencia creadora; hombres, Señores, que por tener á Jesucristo, Hijo de Dios, en el corazón y en los labios, no persiguieron jamás otro fin ni acariciaron otro ensueño sino el de cambiar la sombra en luz y el dolor en alegría, sacando del error la verdad, del vicio la virtud, de la misma muerte la vida, pero vida fecunda y verdadera, porque es vida del alma, vida del cielo, vida del Verbo Divino, dilatación de su gracia y obra sublime y misteriosa de la Providencia Eterna y Absoluta <sup>1</sup>.

1 Qui habet Filium Dei, habet vitam; qui non habet Filium vitam non habet. † Joan, v 12.

### III

Penetrando ahora, Señores Académicos, en dominios y en regiones que son vuestros más que míos, perdonadme que yo pregunte por último: ¿qué cosa es la belleza? La belleza, aparte de las constantes armonías del mundo físico, es el orden y la recta disposición de las cosas factibles; es la inteligencia, el corazón y la fantasía en comunicación recíproca para hacer lo grande y lo bueno. La belleza es el espíritu dirigiendo á la materia, la razón dominando á los sentidos, para sobreponer á todo lo temporal y deleznable el sello y la aspiración de lo eterno; es el ideal divino, reflejando su poder y su gracia sobre el genio humano; es el alma desenvolviéndose completamente en Dios, como el árbol que crece y se hace gigante en una atmósfera libre, porque la mente racional y el alma humana, ni se alimentan, ni se iluminan, ni se transfiguran sino en la substancia misma de su Hacedor Increado <sup>1</sup>.

1 In ipso enim vivimus, movemur et sumus. Act. xvii, 28. Videtur mihi (inquit D. Augustinus) quoniam Dominus Jesus..... insinuavit nobis animam humanam et mentem rationalem..... non vegetari, non beatificari, non illuminari,

Los hombres de la impiedad y del error naturalista, que tan encarnizadamente atacan la verdad y la moral católicas, no se atreven á declararse en el mismo grado enemigos de la belleza; no porque ellos no se gozaran con alegría satánica en destruir toda belleza hija del Cristianismo, sino porque miran y temen al sentimiento universal, á la conciencia pública, que condena y estigmatiza siempre á los profanadores de lo bello. Y, sin embargo, cuando el corazón se interesa, cuando la pasión se desborda, si el impío y el incrédulo no alcanzan á borrar ó á deslucir la verdadera hermosura, ellos consiguen ¡ay! harto frecuentemente crear una belleza ficticia, una forma pérfida y brillante, envueltas en una razón hipócrita, que medita, calcula, combina, seduce, descompone, y mata á veces á golpe seguro á los espíritus desprevenidos, asemejándose á la acción del hielo en la naturaleza, tanto más funesta y temible cuanto es más tenaz y silenciosa.

No, no puede haber verdadera belleza, belleza útil y fecunda, sino la belleza que vive á la sombra de la Religión. Y cuando nosotros queremos estudiar en nuestra patria aquellas concepciones del entendimiento humano en donde la verdad se hermana con la virtud, y la hermosura se abraza con la inocencia; la primera creación que se presenta á nues-

*nisi ab ipsa substantia Dei.... et beatitudinem qua fit beata ipsa anima, non fieri nisi participatione illius vitae semper vivae, incommutabilis, aeternaeque substantiae, quae Deus est. In Joann. Evangel., tract. xxiii, cap. 5.*

tro examen es ese hermoso Libro; libro del que podría decirse que está escrito *por dentro y por fuera*, á semejanza del libro de las revelaciones bíblicas <sup>1</sup>; libro que, conteniendo toda clase de excelencia, yo he de clasificarle hoy entre las producciones de lo bello, porque la belleza es el principal foco de luz que nos deja descubrir en él lo verdadero y lo bueno.

Pero antes de bosquejar el libro, hablemos del autor, bosquejemos al hombre. ¿Quién fué Miguel de Cervantes? ¿Cómo resumiríamos su vida? ¡Ah, Señores! Formóle la Providencia para una gran misión, y la majestad del santuario, los laureles de su patria, las glorias de la ciudad Eterna, la nobleza de la sangre, los ensueños de la poesía, el viento, las olas, las batallas, las prisiones, la resignación llevada al heroísmo, todo, había de contribuir para enaltecerle y para inmortalizarle. Un Sacerdote sabio y un Cardenal insigne, le dieron nombre y amparo; los remotos ecos de Dante, y los más recientes del Tasso y del Ariosto, hirieron luego su robusta mente; quizá leyó también en la radiante mirada de Miguel Ghisleri <sup>2</sup> los próximos triunfos de la Cristiandad sobre la Media Luna, y ella fijó su destino, como soldado de la fe. En el golfo de Lepanto, superan sus hazañas á las de los grandes héroes; que, más bravo que el león, el cual no pelea con calentura, combate enfermo en su galera, hasta caer con aquellas gloriosas heridas que habían de

1 Ezech. II, 9.

2 San Pío V.

darle imperecedero sobrenombre. Cautivo, más tarde, del berberisco, su cautiverio es á la vez un apostolado, un poema y una leyenda. Encontró en su camino la felonía y la traición, y nunca dejó de perdonar y amar. Su mirada apacible y su temple de mártir, domaron el corazón de tigre del renegado griego. Sus modales de príncipe, dificultaron su rescate, hasta que aparecieron en su auxilio los hijos de Juan de Mata y Félix de Valois, aquellos mensajeros del amor evangélico que solían quedarse en rehenes para libertar á los encadenados. La firmeza y aun la candidez de su probidad, le hicieron sufrir persecución por la justicia. Al encontrar la clave de su genio, presiente la inmortalidad de sus escritos, y no experimenta ni una elación de soberbia delante de Dios. La pobreza fué mirada por él como hermana y amiga, aceptándola, al mismo tiempo, como prueba que acrisola; y al sonar la hora de la despedida eterna, canta y sonrío tan piadosamente á la muerte, como le cantaba y sonreía Francisco de Asís, en cuya Orden Tercera quiso Cervantes recoger su piadoso sudario.

Este fué el hombre, Señores; ¿quién hablará dignamente del libro, de ese libro que es, como ha dicho uno de vosotros, “encanto de los que leen y desesperación de los que escriben?”<sup>1</sup> ¡Ah! Todos los buenos corazones saben sentir los latidos de aquel alma; sólo las águilas del pensamiento podrán comprender su idea. Señores Académicos, en el reducido número

1 Castro y Serrano.

de los monumentos de la inteligencia del hombre que han conquistado la gloria de la inmortalidad, desde la *Iliada* hasta el *Paraiso perdido*, no hallaréis ni uno solo en donde los pecados capitales, y el crimen, que tiene en ellos su germen, no dejen ver, frecuentemente altivos y triunfantes, su siniestra figura: permitidme, pues, á mí, Ministro del Santuario, aplaudir y encarecer, ante todo, en ese libro sin par, que su autor no haya necesitado del concurso y del movimiento de grandes culpas y de grandes caídas para hacer deleitable y provechosísima su obra. Sí, ese libro es el secreto único del genio nunca manifestado á otro, que, haciendo asomar casi constantemente la sonrisa á los labios, revela en cada página cuanto el entendimiento tiene de más sublime y el corazón de más sensible y más tierno. En ese libro el héroe quimérico está elaborado con toda la substancia del héroe real, con su fe inquebrantable, con su virtud solidísima, con su razón potente, con su gracia peregrina, con su valor intrépido. En ese libro se finge una locura extraña y atractiva, para dar lecciones de soberano juicio á los hombres y á las sociedades. Las naciones aprenden allí á adorar la Providencia de Dios en las alternativas de poderío y de decadencia por que pasan los imperios; los reyes á captarse, por la misericordia y la justicia, el amor y la fidelidad de sus súbditos; los sabios á convencerse de las mil ignorancias de la ciencia humana; los felices á moderar su dicha; los desgraciados á sacar su purificación del sufrimiento. Allí se enseña que es de pechos nobilísimos perdonar las injurias; allí se exhor-

ta á la plegaria y á la oración eucarística; allí se conjura al vencedor á tender una mano generosa al vencido; allí se ensalza la honradez y se anatematiza el dolo; allí se deifica la caridad y se inspira horror á la envidia; allí se muestra, mejor aún, se prodiga el no común espectáculo del fuerte amparando al débil. Para decirlo de una vez: el *Ingenioso Hidalgo* de Miguel de Cervantes es toda una apología de los dogmas católicos; todo un estudio de moral; todo un estatuto de legislación; todo un código de hidalguía; todo un derecho de gentes; todo un raudal de belleza. ¡Loor eterno á tu nombre, varón incomparable! Tu rara inteligencia te hizo acreedor á no ser mirado como extranjero en ninguna parte donde se cree y se ama. ¡Duélenos que vivieses tan pobre y que no podamos fijar el sitio de tu sepultura; pero aun este pesar mismo se torna justamente en consuelo y en gozo: tu pobreza reviste, para nosotros, mayores aureolas, hoy que todas las naciones harían el oro para rescatar tus huesos si estuviesen cautivos: la incertidumbre de la tumba en que reposas es un ideal más de tu gloria en nuestra fantasía: sabemos que descansan tus restos en este santo recinto donde constantemente se ora, y consideramos que estás mejor custodiado y más engrandecido entre las vírgenes de los claustros, que Shakespeare bajo las suntuosas bóvedas de Westminter!

Aparte de ese sol, Señores, cuyos resplandores nos ciegan, hay muchos bellos soles en el cielo de nuestra literatura, que dan casi tanto calor y tanta luz como los que de él se desprenden. Sin podernos



detener á recibir todos sus blandos rayos, saludemos al menos en los siglos que precedieron á hombre tan prodigioso, á aquel Gonzalo de Berceo, que deja transparentarse en sus versos su hermosa alma de Sacerdote; á Juan de Mena, que forma su musa en la alegoría, como Dante; á Jorje Manrique, cuyos versos llegan al alma <sup>1</sup>, y suben con el alma al cielo; á Garcilaso, dulce como la paloma, y valiente y piadosísimo como los antiguos Cruzados. Consagremos después frases de admiración á las poéticas bellezas de Juan de la Cruz y Teresa de Jesús, dos columnas de fuego que han juntado su llama para incendiar al mundo con sobrenaturales amores; á aquel Fray Luis de León, cuyas poesías sagradas pudieran recitarlas los ángeles, y cuyos conceptos tiernísimos, por ser brisas de salud para las almas enfermas de tibieza, traen á nuestra memoria este pensamiento de la Escritura: “palabras compuestas, sanidad de huesos,” <sup>2</sup>; á aquel Alonso de Ercilla, tan enaltecido por Cervantes como épico; á Lope de Vega Carpio, coronado por los Pontífices y los Monarcas, ídolo de la multitud por la increíble fecundidad de su ingenio; á Calderón, que en nuestra época llevó el asombro y el entusiasmo al espíritu de Guillermo Schlegel, lo mismo que nuestros Romanceros, dados recientemente á conocer en Alemania, parecen haber templado los aceros teutónicos para sus modernas batallas; á Calderón, repito, que á los ímpetus de su

1 Ticknor, *Historia de la literatura española*.

2 Prov., xvi-24.

estro une la dignidad de la vida, y cuyos *Autos Sacramentales* se ofrecen como repeticiones siempre nuevas, siempre graciosas y originales del magnífico *Lauda Sion*, de Tomás de Aquino; á Fernando de Herrera, en cuya mente todo es luz, en cuya pluma todo majestad, en cuya alma todo modestia; á Rioja, profundo pensador y místico, y tan primoroso y suave como la flor de un día que ensalza y compadece; poetas todos que, por la virtualidad poderosísima de sus bellas creaciones, enseñaron á Corneille y á Racine á hacer versos que deleitan y conmueven, por el sentimiento cristiano en que se inspiran; á Ruiz de Alarcón, en fin, los Argensolas, Góngora, Valbuena, Quevedo, Saavedra Fajardo, Solís, Moreto, Tirso y otros ciento, hasta nuestros mismos días, que en verso ó prosa cantaron y extendieron, para adorar á Dios y para glorificar á su Verbo, todas las grandiosidades y todas las hermosuras.

Resumamos, ya, Señores, la presente oración. Saber que nada esclarece, vida que nada fecunda, egoísmo que todo lo seca, belleza siempre mentida, sueño que no da descanso, vigilia que infunde miedo, ponzoña que á veces mata, ese es, casi invariablemente, el hombre de la ciencia ó de las letras esclavo de los errores contemporáneos. Saber, por el contrario, que ilumina y salva; auras puras y benéficas para las almas que languidecen; candor que realza á la hermosura; caridad, gozo honesto del espíritu; cielo y tierra que se juntan á manera del

azul del mar y del azul del espacio confundidos en el confín del horizonte como un sólo color y como un sólo objeto; ese es el sabio que vive á la sombra de la Iglesia católica, esos los hombres titánicos de la ciencia y de las letras que brillaron en nuestra patria, y que hoy reclaman nuestra atención y nuestras oraciones. Nosotros lo hemos visto. Buscando la luz de la Verdad en el Eterno Entendimiento del Verbo, que es Sabiduría absoluta y es Amor Infinito; haciendo de su boca vena abundante de vida <sup>1</sup>, porque era su corazón mansión bendita del Bien; adquiriendo en el Universo visible y en los arcanos de lo sobrenatural todas las ideales bellezas que son derivación de la Belleza Increada; los sabios que aclamais por vuestros maestros, realizaron el secreto venturoso contenido en esta lección de los Proverbios: “El „ corazón del sabio enseñará á su boca, y añadirá „ gracia á sus labios: *Cor sapientis erudiet os ejus, „ et labiis ejus addet gratiam.*„

Señores Académicos: Considerados vosotros con justicia los guardadores natos de la Verdad, de la Bondad y la Belleza, no consentiréis jamás que los talentos audaces arrojen de nuestra literatura las glorias de la fe, de la virtud y del pudor, que forman su tradicional carácter. La incredulidad se atreve á todo: sabéis mejor que yo que Voltaire osó lanzar de la Francia Enciclopédica las producciones de Shakespeare. No admitáis tampoco en vuestro seno sino á talentos superiores; no tanto, porque las me-

1 Prov. x, 11.

dianías no se distinguieran al lado vuestro, como porque la Verdad y el Bien necesitan hoy atletas que los defiendan y los saquen victoriosos de los terribles enemigos coligados en su daño. Sois también los custodios y los jueces de las hermosuras de nuestro idioma; cuidado, pues, asimismo, con solicitud incansable de que los hombres favorecidos con vuestra elección amen ardientemente la pureza de nuestra lengua; porque la lengua es á tal punto el conductor de las civilizaciones, que, aun cuando éstas se eclipsen, ella será todavía, como lo es en nuestra decaída España, la pirámide altísima que inmortalice lo pasado: sin olvidar, por otra parte, que tener la supremacía en la palabra y no tenerla en las obras sería no poseer la sabiduría completa, y que poner un idioma al servicio de las pasiones es crimen simultáneo de lesa religión y de lesa patriotismo. Sois, por último, los discípulos é imitadores de las brillantes pléyades de ingenios que en este día conmemoramos; rogad, pues, fervorosamente por ellos, porque son desconocidos á la razón humana los plazos misteriosos de las expiaciones en el reino de la purificación de las almas, creado por la Misericordia Infinita; y creed, y esperad, y amad, y confesad á Dios como ellos, porque de otro modo no lograríais encontrarlos en la inmortalidad futura.

Y vosotras, Vírgenes del Señor, Esposas amorosísimas del Inmaculado Cordero, ¡ojalá que la lava de los volcanes que abrazan nuestras sociedades, y los hielos que las marchitan, no penetren jamás en vuestros venerandos asilos, y el cielo os conceda

tanto reposo y tantas gracias como vosotras imploráis para el mundo en los secretos de vuestra soledad! Yo no he de estimular hoy vuestra caridad ni vuestro celo, porque vuestro continuo pensamiento es ocuparos de la gloria de Dios y de la salvación de las almas: sois dignas hijas de vuestros santos Fundadores, y nada más tengo que deciros sino que os admiro y os bendigo, y que me inclinaría gustoso para besar las huellas que formáis con vuestras débiles plantas. Sin duda que en este instante corren de vuestros ojos gotas de dulcísimo llanto: derramadlas, en primer término, por los espíritus que vacilen entre la incredulidad y la fe, entre el vicio y la virtud, que para esas lágrimas del corazón no puede haber terrenos infecundos. Acompañad luego con ellas nuestras fervientes preces y vuestras propias oraciones, en favor del hombre singular á quien prestáis cristiano asilo en vuestra morada, y de cuantos en nuestra patria consagraron su privilegiada inteligencia á la causa de lo Verdadero, de lo Bueno y de lo Bello, á fin de que el Dios Justo y Clementísimo se digne concederles el eterno descanso en las mansiones de la bienaventuranza.

Así sea.

R. I. P.



